

La Comédiathèque



**AVISO
de PASO**

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Aviso de paso

Jean-Pierre Martinez

En el vestíbulo de un edificio, entre los buzones y el código de acceso, extraños personajes se cruzan sin siempre entenderse...

1. Código de acceso.....	3
2. Cartas de insultos.....	7
3. Los trastos viejos.....	9
4. El premio mayor.....	12
5. Diabólico.....	15
6. Paquete bomba.....	18
7. Mala dirección.....	21
8. Invitación.....	24
9. Carta de amor.....	28
10. Ocupante ilegal.....	30
11. Venganza.....	32
12. Aviso de paso.....	36

25 personajes:

Distribución muy flexible en cuanto a número y sexo, cada actor puede interpretar varios roles, y la mayoría de los roles pueden ser masculinos o femeninos.

1. Código de acceso

Una mujer llega al vestíbulo, lo atraviesa y, perpleja, se coloca frente al código de acceso de la puerta que da acceso a las escaleras. Un hombre llega también y se dirige hacia la misma puerta para ingresar el código.

Mujer – Disculpe... ¿Puedo entrar con usted? No tengo el código...

Hombre – Eh... Sí... Bueno... ¿Quiere decir que no tiene el código?

Mujer – Sí... Eso es lo que acabo de decir, ¿no?

Hombre – Es decir... En principio, se debe tener el código para ingresar a este edificio. Ese es precisamente el principio...

Mujer – ¿El principio?

Hombre – Aquellos que tienen el código tienen derecho a entrar, los demás no. ¿De qué sirve tener un código si no?

Mujer – Ah, entiendo...

Hombre – Pues sí...

Mujer – ¿Entonces no quiere dejarme entrar?

Hombre – Pues no...

Mujer – ¿Me toma por una ladrona, es eso?

Hombre – No sé... Si viviera en este edificio, ¿por qué no tendría el código?

Mujer – ¿Por qué? El código podría haber cambiado sin que me hayan informado.

Hombre – El código no ha cambiado en veinte años.

Mujer – ¡Podría haberlo olvidado!

Hombre – Ese es el tipo de código que no se olvida, créame. Muchas personas mayores viven en este edificio, así que elegimos algo fácil de recordar. Incluso un paciente con Alzheimer en estado terminal olvidaría su fecha de nacimiento antes que el código de este edificio...

Mujer – No sé... ¿0007?

Hombre – Entonces, no vive en este edificio...

Mujer – ¿Y usted? ¿Se acuerda de su fecha de nacimiento?

Hombre – Si no vive aquí, ¿a quién viene a visitar?

Mujer – ¡Pero vamos, eso no es asunto suyo! ¿Es usted policía?

Hombre – No. Pero es mi edificio.

Mujer – ¿Este edificio es suyo?

Hombre – Soy copropietario. Cuido de la seguridad de las personas que viven aquí. Y de la integridad de sus propiedades.

Mujer – Ya veo... Es una especie de miliciano, ¿verdad?

Hombre – Solo dígame qué viene a hacer aquí.

Mujer – Vengo a asesinar a alguien, ¿le parece bien?

Hombre – ¿En qué piso?

Mujer – ¿Porque eso cambia algo?

Hombre – Solo para verificar que no esté mintiendo.

Mujer – La anciana del quinto.

Hombre – En el quinto, hay una pareja homosexual y una madre soltera.

Mujer – ¿Una madre soltera? ¿Pero en qué época vive usted? ¿A finales del siglo XIX?

Hombre – Sí, bueno, está bien... Me refería a una mujer que vive sola con su hijo....

Mujer – Hoy en día se dice una familia monoparental, pero bueno...

Hombre – De todos modos, ¡no se dice la anciana del quinto! ¡Así que está mintiendo!

Mujer – Por supuesto que miento. Si hubiera venido a asesinar a alguien, ¿realmente cree que le especificaría el piso?

Hombre – Eso no me dice qué viene usted a hacer aquí.

Mujer – Al principio no vine a matar a nadie, es cierto. Pero debo admitir que después de conocerlo, me dan ganas de cometer un asesinato...

Hombre – Muy bien, puede ironizar todo lo que quiera. Pero mientras no sepa qué viene a hacer aquí, no pienso dejarla entrar.

Mujer – Vale... Vengo a ver a alguien, ¿le parece bien?

Hombre – Ah, sí. ¿Y quién sería?

Mujer – El dentista.

Hombre – ¿Le duelen los dientes?

Mujer – Es más complicado que eso...

Hombre – ¿Qué dentista? Hay al menos tres o cuatro en el edificio.

Mujer – No conozco su nombre. Quiero decir, su verdadero nombre.

Hombre – Qué conveniente...

Mujer – No, precisamente, no es conveniente. Es alguien que conocí en línea. Solo sé su seudónimo.

Hombre – ¿Un seudónimo?

Mujer – Me citó en su casa, pero se olvidó de darme el código.

Hombre – La cita en su casa, pero no le da el código...

Mujer – ¡Se olvidó, le digo!

Hombre – Podrías llamarlo por teléfono.

Mujer – No tengo su número.

Hombre – Ah, tampoco le dio su número. Aparentemente, es alguien que valora mucho su privacidad... ¿Está usted realmente segura de que la invitó a ir a su casa? Quiero decir, no le dio el código...

Mujer – Me dio la dirección, me dijo que vivía en el tercer piso y que era dentista. Creo que si no quisiera verme...

Hombre – Dentista, en el tercer piso... Entonces esa es la dirección de su consultorio. No su casa.

Mujer – ¿Y qué importa?

Hombre – Eso explica por qué se olvidó de darle el código.

Mujer – ¿Y por qué sería eso?

Hombre – Porque durante el día no hay código.

Mujer – Entonces sí hay un dentista en el tercer piso.

Hombre – Sí.

Mujer – Entonces usted ve que no estoy mintiendo.

Hombre – Al mismo tiempo, está indicado en la placa.

Mujer – ¿Qué placa?

Hombre – La placa que está afuera, en la entrada de este edificio.

Mujer – De acuerdo... Entonces, ¿aún no quiere dejarme entrar?

Hombre – Depende... ¿Cuál es su seudónimo?

Mujer – ¿Perdón?

Hombre – Dijo que solo conoce a este dentista por su seudónimo. Imagino que él también la conoce solo por un nombre en clave.

Mujer – ¿Y por qué le daría mi seudónimo? Es muy personal, ¿no? Más personal que el código de acceso a un edificio, al menos...

Hombre – Digamos que es un intercambio justo.

Mujer – Alex343.

Hombre – ¿Alex343?

Mujer – ¿Qué? ¿Tampoco le gusta?

Hombre – No, no... Alex343, es un nombre muy bonito. (*Cambiando de tono*) Para una persona muy hermosa... Da ganas de conocer a las otras 342 Alex.

Mujer – ¿Ahora me está coqueteando? ¡No tiene vergüenza!

Hombre – Empezamos con el pie equivocado, pero permítame presentarme: Soy Domi459.

Mujer – ¿Domi459? ¿Entonces es usted?

Hombre – Espero que no se decepcione demasiado...

Mujer – No, no, pero... No lo imaginaba así...

Hombre – Disculpe por el código, pero como durante el día no hay...

Mujer – Claro.

Hombre – Y uno nunca sabe con quién está tratando.

Mujer – Tiene razón. Nunca se es demasiado prudente.

Hombre – ¿Encontró fácilmente?

Mujer – Sí, sí... Hasta que llegué a esta puerta, al menos...

Él le muestra la puerta.

Hombre – Pero adelante, por favor...

Mujer – Eh...

Hombre – Ah sí, cierto... No tiene el código... Espere, paso primero... 0000, es fácil de recordar...

Mujer – Sí, es práctico...

Hombre – Pero por cierto, olvidé presentarme... Como solo me conoce por mi seudónimo...

Mujer – Su nombre está en la placa de entrada del edificio.

Hombre – ¡Ah sí, cierto! Y usted, ¿cuál es su nombre real?

Mujer – Si me permite, esperaré conocerlo un poco mejor antes de darle el código de acceso...

Salen.

2. Cartas de insultos

Una mujer llega, abre un buzón y se da cuenta, decepcionada, de que está vacío. Un hombre se acerca.

Hombre – ¿Nada de correo hoy?

Mujer – Hace algunos años, todavía recibía alguna que otra invitación de vez en cuando. Pero poco a poco, ya no llega nada. Siento como si fuera la única superviviente de mi generación.

Hombre – Si muero antes que usted, le prometo enviarle una invitación para mi funeral.

Mujer – Es muy amable por su parte. Aun así, bajo todas las mañanas para ver si tengo correo. Así hago un poco de ejercicio.

El hombre abre su buzón que está rebosante de cartas.

Hombre – Le daría un poco del mío, pero son principalmente cartas de insultos.

Mujer – ¿Insultos? Ah sí... Es cierto que su esposa lo dejó...

Hombre – Creo que no soportó muy bien que cambiara de profesión. Pero no es ella quien me envía todas estas cartas, ¿sabe?

Mujer – ¿Ya no es usted profesor de literatura española?

Hombre – Renuncié hace algunos meses. Ahora trabajo en una carnicería de caballos.

Mujer – Eso debe ser un cambio.

Hombre – Es más sucio.

Mujer – Ah sí, es una reconversión sorprendente.

Hombre – Desde que era pequeño, siempre quise trabajar con carne. Algunos sueñan con ser bomberos, yo soñaba con ser carnicero.

Mujer – Se necesita de todo para hacer un mundo, ¿verdad?

Hombre – Mis padres eran profesores de filosofía, los dos. Puede imaginar que no estaban muy a favor de este proyecto. Creo que hubieran preferido que les dijera que era homosexual y quería ser actor. Así que primero estudié literatura para complacerlos y me casé con una licenciada en latín. Pero al final, la pasión fue más fuerte. Tomé clases nocturnas, obtuve mi certificado de aptitud profesional y, de paso, me divorcié. ¡Y aquí estoy, finalmente, como carnicero!

Mujer – La carnicería es una bonita profesión. Pero ¿por qué los caballos?

Hombre – Creo que los borregos o las ovejas me recordarían demasiado a mi antiguo trabajo de profesor...

Mujer – Lo entiendo... Pero todas estas cartas de insultos, supongo que no son los caballos que se las escriben para quejarse...

Hombre – ¡Ah, eso! En realidad, no tiene nada que ver con mi nueva profesión. Son mis antiguos alumnos los que siguen escribiéndome. Dejé de enseñar en junio y todavía no saben que renuncié.

Mujer – ¿Y usted las lee todas?

Hombre – ¡Ni lo piense! Si al menos estuvieran bien redactadas. Pero el vocabulario es muy pobre, la sintaxis es lamentable y están llenas de errores de ortografía. Mire, abriré una al azar...

Abre un sobre y lee.

Hombre – Que te den, maldito payaso de mierda, te voy a matar... Son unos borregos, se lo digo...

Mujer – ¿Sabe qué? Ellos no lo merecían...

Hombre – Voy a poner esto directamente en el reciclaje.

Mujer – En ese caso, démelas a mí. Me mantendrán ocupada.

Hombre – Si insiste... (*Le entrega el montón de cartas que ella toma.*) Pero se lo advertí...

Mujer – Si veo alguna que sea más interesante que las demás desde un punto de vista literario, la guardaré aparte para usted.

Hombre – ¡Perfecto! ¡Y yo le guardaré un pequeño filete de caballo para el almuerzo! Es excelente para la salud, ya verá. El caballo es mucho menos graso que la carne de vaca y está lleno de hierro.

Mujer – ¿Hierro? Espero que no sea un hierro de herradura.

Hombre – ¡Ah, no olvide que una herradura trae buena suerte! Bueno, ¡que tenga un buen día! ¡La carne no espera!

Mujer – Gracias, ¡que tenga un buen día también!

Él se va. Ella mira el paquete de cartas.

Mujer – Veamos esto...

También se va mientras lee la primera carta que acaba de abrir.

3. Los trastos viejos

La escena está vacía excepto por un gran contenedor de basura con ruedas y una tapa amarilla. Una mujer llega arrastrando otro contenedor del mismo tipo pero con tapa verde. Vestida elegantemente y con tacones altos, trata de mantener cierta dignidad en este degradante ejercicio de sacar la basura ella misma. Su teléfono móvil suena y ella contesta.

Mujer 1 – ¡Hola, sí? ¡Oh, buenas tardes, Juan! No, no me molestas en absoluto. Estaba ordenando algunos papeles y me estaba preparando para tomar un baño... ¿Esta noche a las siete y media? Ah, sí, ¡es absolutamente perfecto! Pero ¿estás seguro de... Tu última paciente? Muy bien. En ese caso, tal vez tengamos tiempo para tomar una copa después, para conocernos un poco. Ah sí, o cenar si prefieres... Conozco un excelente restaurante japonés por aquí... ¡Oh, no te gustan los sushi! No, no, para nada... También me gusta mucho la paella... Perfecto, entonces nos vemos más tarde... No, no te preocupes, tengo la dirección de tu consultorio... ¿Ah, hay un código a partir de las siete de la tarde? Espera, tomo algo para anotar... Estoy en el baño y no tengo nada encima... Quiero decir, no tengo nada para escribir...

Ella saca un lápiz, pero al darse cuenta de que no tiene papel, abre la tapa de la basura amarilla. Al encontrarla vacía, deja la tapa abierta y abre la tapa de su propio contenedor, de donde saca al azar un paquete de cereales bajos en calorías.

Mujer 1 – Listo, te escucho... Oh, vaya, en efecto, es complicado... (*Bromeando*) ¿No podías elegir el 1492 o 0007 como todos los demás? Ah, es la fecha de defunción de tu suegra... Sí, tienes razón, para un ladrón, obviamente es más difícil de adivinar... Pero ¿puedes repetírmelo más despacio? Solo un segundo, me acomodo un poco más...

Ella se contorsiona tratando de escribir en el cartón con una mano mientras sostiene el teléfono con la otra, pero luego decide poner el cartón en el borde de la basura amarilla, dejando la tapa abierta. El cartón cae al fondo y al intentar atraparlo, deja caer también su teléfono en la basura vacía.

Mujer 1 – Oh, no, no puede ser verdad... (*Dirigiéndose hacia el fondo de la basura*) ¿Hola? ¿Juan? ¿Me escuchas? (*Se inclina hacia el fondo de la basura para intentar recuperar el teléfono.*) ¿Hola? Te escucho muy mal...

Finalmente, ella cae dentro del contenedor. Solo sus dos piernas sobresalen, agitándose y emitiendo gritos sofocados. Un hombre llega con un teléfono móvil en la mano.

Hombre – ¿Hola? ¿Hola? ¿Me escuchas?

Su esposa llega por detrás de él.

Mujer 2 – ¿Juan? ¿Qué estás haciendo aquí?

Juan guarda inmediatamente su teléfono. Temiendo ser sorprendido en esa posición embarazosa, la mujer atrapada en el contenedor vuelve a meter sus piernas y se calma.

Hombre – Bueno, yo... Venía a recoger el contenedor para subirlo... ¿El peluquero no pudo atenderte finalmente?

Mujer 2 (*secamente*) – Sí. Acabo de salir.

Hombre – Ah, muy bien...

Mujer 2 – ¿No olvidaste que esta noche voy a la despedida de mi jefe de servicio?

Hombre – No, no, tranquila... Aprovecharé para ponerme al día con mi contabilidad en la oficina.

La mujer ve la caja de cereales en el suelo.

Mujer 2 – La gente es muy sucia... (*Recoge el envase para ponerlo de nuevo en el contenedor*) Y tengo la impresión de que los recién llegados son los peores... A propósito, ¿conociste a la nueva vecina?

Hombre – ¿Qué vecina?

Mujer 2 – No me digas que no la has notado... La de pechos grandes...

Hombre – Ah, esa...

Mujer 2 – Ves, que sí te acuerdas.

Hombre – Es cierto que es bastante guapa.

Mujer 2 – Yo la encuentro bastante vulgar, pero bueno...

Hombre – ¿Vulgar?

Mujer 2 – Creo que está divorciada...

Hombre – ¿Te lo dijo ella?

Mujer 2 – Una mujer que saca ella misma la basura, obviamente vive sola... Y como es demasiado mayor para ser soltera, concluyo que está divorciada... o viuda.

Hombre – No es tan mayor...

Mujer 2 – Debe tener más o menos mi edad.

Hombre – ¿Ah, sí? No se nota...

Mujer 2 – Cuando saca la basura por la mañana en bata antes de maquillarse, se nota, créeme... Pero oye, parece que realmente te ha impresionado...

Hombre – Fuiste tú quien me habló de ella... (*Pausa*) Y además, hoy llamó a la oficina para una limpieza dental...

Mujer 2 – ¿Una limpieza dental? ¿Cuándo?

Hombre – Esta noche.

Mujer 2 – Ah, vale... Debe ser una urgencia. Debía tener mucha placa dental...

Hombre – Tal vez tiene una cita importante...

Mujer 2 – Sí, claro... En fin... Mientras no la traigas a casa... Porque te advierto, soy capaz de cualquier cosa...

Hombre – Traerla a casa... ¿De dónde sacas eso?

Comienzan a alejarse.

Mujer 2 – Bueno, ¿no subes el contenedor?

Hombre – Sí, sí... (*Toma el contenedor con ruedas por el asa y sigue a su esposa.*)
Pero cuando dices capaz de cualquier cosa... No te refieres a matar, ¿verdad?

Se escucha el timbre de un teléfono procedente del contenedor.

4. El premio mayor

Un personaje (hombre o mujer) llega a su buzón de correo para recoger su correspondencia. Abre el buzón, saca algunos sobres y los examina rápidamente.

Inquilino – Factura, impuestos, llamada a contribución...

Otro personaje (hombre o mujer) llega como cartero. Examina los buzones sin encontrar lo que busca.

Cartero – Disculpe... ¿Conoce al Sr. Martín?

Inquilino – Sí...

Cartero – No veo su nombre en el buzón. ¿En qué piso vive?

Inquilino – En el séptimo. Pero murió la semana pasada.

Cartero – Ah... Entonces... Se ha mudado.

Inquilino – Se podría decir eso, sí...

Cartero – No, porque tengo un correo certificado para él...

Inquilino – Ah, sí... Qué mala suerte...

Cartero – Entonces, ¿qué debo hacer?

Inquilino – No lo sé...

Cartero – ¿No dejó una dirección?

Inquilino – Está muerto, le digo.

Cartero – Ah, sí... Pero, ¿quién va a firmar mi correo certificado entonces?

Inquilino – Eso...

Cartero – Así que no va a volver...

Inquilino – Es poco probable.

Cartero – No me viene bien.

Inquilino – Siempre hay problemas, ¿sabe? Pero no estoy seguro de que haya muerto simplemente para complicarle la vida...

Cartero – Mmm... Entonces, no sé... ¿Y usted no podría firmar en su lugar?

Inquilino – ¿Por qué haría eso?

Cartero – Entre vecinos... Podemos ayudarnos mutuamente... Así evito tener que volver.

Inquilino – ¿Volver? ¿Para qué?

Cartero – ¡Para entregarle este correo certificado!

Inquilino – ¡Pero si le digo que está muerto! ¡Muerto, entiende? Y hay al menos una ventaja de estar muerto, y es que nos volvemos totalmente e irrevocablemente inaccesibles para los correos certificados de todo tipo.

Cartero – Lo entiendo.

Inquilino – Siempre puede dejarle un aviso de paso.

Cartero – Bueno, sí...

Inquilino – Además, ¿qué tipo de correo certificado es ese? ¿Aviso de impuestos? ¿Aviso de desalojo? ¿Aviso de cancelación?

El cartero echa un vistazo al sobre.

Cartero – Viene de la Lotería Nacional.

Inquilino – ¿La Lotería Nacional?

Cartero – No puede ser una mala noticia.

Inquilino – ¿De verdad cree que cuando uno está muerto, todavía puede distinguir entre una buena y una mala noticia?

Cartero – Por supuesto... Pero aún así...

El inquilino toma la carta certificada de la mano del cartero.

Inquilino – Déjeme ver... Ah sí, de la Lotería Nacional, vaya...

Cartero – ¿Sabe usted si jugaba a la lotería?

Inquilino – No lo sé... Lo conocía muy poco... Nos encontrábamos de vez en cuando... Tenía un perro...

Cartero – ¿Y qué pasó con el perro?

Inquilino – ¿El perro? No sé...

Cartero – Es triste, un perro que se queda solo en la vida así... No entiendo a toda esa gente que adopta una mascota y luego la abandona. Tener una mascota es una responsabilidad. La gente no se da cuenta...

Inquilino – ¿Cree usted que ganó el premio mayor?

Cartero – Si es así, no debería tardar en manifestarse. Hay una fecha límite. Si no se reclama el cheque antes, se pierde todo y la suma vuelve a jugarse.

Inquilino – Es cierto, sería una lástima...

Cartero – Entonces, ¿qué hacemos?

Inquilino – ¿Nosotros?

Cartero – Como dices, sería una lástima...

Inquilino – De acuerdo, voy a firmar.

Cartero – Así evito tener que volver.

El inquilino firma el recibo que le entrega el cartero, abre febrilmente el sobre y lee.

Cartero – Entonces, ¿qué dice?

Inquilino – Es un finiquito...

Cartero – ¿No es un cheque?

Inquilino – Trabajaba en la Lotería Nacional. Es solo un aviso de fin de contrato.

Cartero – Además, perdió su trabajo... Es realmente desafortunado. Porque encontrar trabajo en estos tiempos no es fácil.

Inquilino – Especialmente cuando uno está muerto.

Cartero – Y con la crisis además. La deslocalización y todo eso.

Inquilino – Sé cómo es, también estoy desempleado.

Cartero – Ah sí, no tiene suerte... Y obviamente, nunca son personas como nosotros las que ganan en la lotería, ¿verdad? Aquellos que realmente lo necesitan.

Inquilino – No...

Cartero – Leí un artículo ayer en el periódico: "Gana 60 millones en la lotería y sigue viviendo exactamente como antes..." Déjame decirle algo: hay personas que no merecen ganar.

Inquilino – Es cierto...

Cartero – Bueno, eso es todo, tengo que seguir con mi ruta.

Se dispone a irse. El inquilino sostiene la carta.

Inquilino – ¿Qué hago con esto ahora?

Cartero – Eso depende de usted... Mientras yo tenga firmado el recibo, no me importa.

El cartero se dispone a irse.

Cartero – Pero si fuera usted, les escribiría.

Inquilino – ¿A quién?

Cartero – ¡A la Lotería Nacional! Ya que un puesto acaba de quedar vacante...

El cartero se va. El inquilino vuelve a mirar el paquete certificado, perplejo.

5. Diabólico

Un personaje (hombre o mujer) entra llevando una caja claramente muy pesada. Otro personaje llega después.

Uno – Parece pesado... ¿Te estás mudando?

Dos – ¿Se nota tanto?

Coloca la caja sobre otra caja que ya está allí.

Uno – Te ayudaría, pero con mi espalda...

Dos – Gracias de todos modos...

Se sienta sobre las cajas para descansar un momento. El otro saca un paquete de cigarrillos.

Uno – ¿Quieres uno?

Dos – Gracias, ya estoy al borde de la apoplejía...

El otro guarda su paquete.

Uno – Tienes razón, debería dejarlo también... Mejor tomaré una pastilla de menta.

Saca una caja de pastillas de menta.

Uno – ¿Quieres una?

El otro hace un gesto negativo.

Dos – Gracias, no. Ya tengo mucha sed.

Uno – He probado de todo, incluso la acupuntura, pero no logro dejarlo por completo.

Dos – Mmm...

Uno – Es curioso, nunca te vi en el edificio... y justo el día que te mudas nos conocemos... Y a dónde te vas con todas estas cajas.

Dos – Me estoy mudando a Madrid.

Uno – Eso te va a cambiar.

Dos – Sí...

Uno – Ya no tendremos la oportunidad de volver a vernos...

Dos – Te diría que te voy a extrañar, pero como nunca nos cruzamos hasta ahora. ¿Hace mucho que vives en este edificio?

Uno – Ah, no, pero no vivo aquí.

Dos – Ah, entiendo. Seguro que por eso no nos cruzamos más a menudo...

Uno – Tengo mi consultorio en el tercer piso.

Dos – Ya veo. El dentista.

Uno – Eh, no... Yo estoy justo enfrente. El exorcista.

Dos – ¿El exorcista...?

Uno – Claro, no está escrito en la puerta, obviamente.

Dos – Claro.

Uno – Suelo atender especialmente por las tardes. Incluso de noche, es más discreto.

Dos – Seguramente por eso nunca nos hemos encontrado...

Uno – Las personas que vienen a verme no siempre quieren ser reconocidas...

Dos – Tampoco estoy seguro de que me gustaría encontrarme con tus pacientes en las escaleras después del anochecer...

Uno – No lo crees.

Dos – ¿Se nota tanto?

Uno – No te culpo, pero estás equivocado.

Dos – Tal vez, sí... ¿Y funciona?

Uno – Mira a tu alrededor... ¿No crees que el mercado es inmenso?

Dos – Sí, bueno, no es falso. Pero tú, con todo eso, ¿no has logrado dejar de fumar?

Uno – Aún no he encontrado la fórmula mágica que me libraría de los poderes malignos de la nicotina.

Un momento.

Uno – Y tú, ¿por qué te estás mudando, si puedo preguntar?

Dos – Bueno... Para estar más cerca de mi trabajo, en primer lugar.

Uno – ¿Y...?

Dos – Y también... ¿Cómo decirlo? Porque sentía como una presencia diabólica en el apartamento que ocupó en el último piso de este edificio.

Uno – ¿En serio? Deberías haberme hablado de eso antes...

Dos – Desafortunadamente, aún no te conocía.

Uno – Y con presencia diabólica, ¿a qué te refieres exactamente?

Dos – Principalmente... a mi esposa.

Uno – Ya veo... Tengo muchos casos como el tuyo...

Dos – Bueno, eso no es todo, pero tendré que seguir adelante. Ya que no quieres ayudarme...

Uno – Siempre puedo intentar deshechizar a tu cónyuge.

Dos – ¿Podrías hacer eso?

Uno – ¿En qué piso está?

Dos – Octavo.

Uno – ¿Has bajado todas estas cajas desde el octavo piso sin ascensor?

Dos – Y todavía tengo muchas más que bajar...

Uno – Ah, sí... Octavo sin ascensor... Es realmente diabólico...

Dos – Sí...

Uno – Lo siento, pero creo que ahí... No puedo hacer nada por ti...

Se aleja, y el otro se queda allí con sus cajas, un poco desconcertado. Decide irse cuando otro personaje (interpretado por quien acaba de irse) con una máscara de carnaval llega. Finge buscar algo, como un nombre en un buzón o una placa profesional.

Tres – Disculpe, ¿el exorcista está en qué piso?

Dos – Tercero. Enfrente del dentista.

Tres – Claro, no hay placa abajo.

Dos – Ni en la puerta.

Tres – Gracias...

Sale. El otro se queda allí, sentado en su caja.

Dos – Creo que ya era hora de que me mudara...

6. Paquete bomba

Un cartero (hombre o mujer) llega con un paquete y se encuentra con una inquilina que también llega.

Cartero – Ah, justo tenía un paquete para usted.

Inquilina – Gracias.

El cartero le entrega el paquete.

Cartero – Una pequeña firma...

Inquilina – Por supuesto...

Ocupada, la inquilina le devuelve el paquete al cartero para firmar el recibo que él le entrega.

Inquilina – Disculpe, déjeme devolver esto un segundo.

La inquilina firma el recibo y sonrío.

Inquilina – Espero que no sea un paquete bomba...

El cartero responde en tono de broma.

Cartero – Es cierto que se escucha como un tic-tac adentro.

Se ríen.

Inquilina – Se ven tantas cosas ahora. *(Deja de reír bruscamente)* ¿Es en serio?

El cartero pone su oreja contra el paquete.

Cartero – Te hará reír, pero... sí, parece...

La inquilina parece preocupada de repente. Ella también pone su oreja en el paquete.

Inquilina – Sí, lo escucho también... ¿Cree usted que podría...

El cartero también cambia de tono.

Cartero – ¿Conoce a alguien que tendría razones para odiarla tanto?

Inquilina – No sé... Excepto mi suegra... Pero todos tenemos enemigos, ¿no?

Cartero – Aun así...

La inquilina vacila.

Inquilina – Ahora no estoy segura de querer llevarlo...

Cartero – ¿Entonces qué hago con esto?

Inquilina – Llévelo de vuelta a la oficina de correos.

Cartero – Pero aún no he terminado mi recorrido... ¿Y si explota en mi cara en el camino? Y además, ya ha firmado usted el recibo...

Él le entrega el paquete al otro, quien se niega a recibirlo.

Inquilina – ¿Y si llamamos a la policía?

Cartero – ¿A la policía?

Inquilina – Como cuando encontramos un paquete sospechoso en un vestíbulo de la estación o en un tren.

Cartero – ¿Quiere decir... un equipo de desactivación de bombas?

Inquilina – Ellos sabrán qué hacer...

Cartero – ¿Y si la bomba explota antes de que lleguen?

Inquilina – No lo sé... ¿Y si simplemente arrojamos el paquete a la calle?

Cartero – ¿Y si alguien resulta herido? Puede que niños... Es la hora de salida de la escuela... No podemos hacer eso.

Inquilina – Tiene razón... Solo nos queda prepararnos para morir con dignidad, con el consuelo de que nuestro sacrificio haya salvado algunas vidas inocentes...

Cartero – ¿Nuestro sacrificio? ¿Qué propone exactamente?

Inquilina – ¡Tenemos que actuar y rápido!

Ella toma el paquete de las manos del cartero, lo arroja al suelo y lo pisa violentamente.

Cartero – ¿Pero está loca?

Inquilina – No ha explotado...

Cartero – No...

Ambos se inclinan para examinar el paquete.

Cartero – Ah, sí... Era un reloj de pared... Pero no veo ninguna bomba...

Inquilina – No, es extraño...

Cartero – Pero pensándolo bien, ¿quién es el remitente?

Inquilina – ¿El remitente?

Cartero – ¡Por lo general, está escrito en el recibo!

Inquilina – Ah, sí...

El cartero mira el recibo.

Cartero – Viene de Suiza... Es curioso...

Inquilina – Sí, probablemente sea el país con menos terroristas en el mundo...

Cartero – Señora Martínez... ¿La conoce?

Inquilina – Es mi suegra.

El cartero busca en los restos del paquete.

Cartero – Mire... Hay una carta de reivindicación...

Le entrega la hoja a la otra persona, quien la lee.

Inquilina – Feliz cumpleaños, cariño... Es para el cumpleaños de su hijo.

Cartero – ¿Su hijo?

Inquilina – ¡Mi esposo!

Cartero – Un reloj de pared... Es un regalo extraño para un cumpleaños, ¿no?

Inquilina – Mi suegro es relojero.

Cartero – ¿Y no le llamó la atención? Quiero decir, cuando escuchó el tic-tac...

Ambos contemplan los restos destrozados del paquete.

Cartero – Su esposo estará contento... ¿Cuántos años cumple, por cierto?

Inquilina – Aún así, parece que huele un poco a pólvora, ¿usted no cree?

Cartero – Yo diría más bien a chocolate...

Inquilina – Ah, sí, mira, también había chocolates. (*Toma la caja destrozada y se la ofrece al cartero.*) ¿Quiere uno?

Cartero – ¿Y si están envenenados?

Intercambian una mirada perpleja.

7. Mala dirección

Un personaje (hombre o mujer) llega, abre su buzón y nota con cierta tristeza que está vacío. Otro personaje (hombre o mujer) llega, también abre su buzón y, después de un movimiento de sorpresa, saca un paquete de cartas.

Uno – Parece que tienes correo hoy...

Dos – Sí, no entiendo... Por lo general, aparte de publicidad... Veamos...

Su rostro se oscurece.

Uno – Espero que no sean malas noticias...

Dos – Es el correo de mis vecinos de planta... El cartero se ha equivocado de nuevo...

Uno – Ah...

Dos – Lo volveré a poner en su buzón.

Uno – Sí...

Dos – Entonces, tampoco tienes...

Uno – No, no hay correo hoy...

El otro se prepara para poner el correo en otro buzón pero deja caer la pila al suelo.

Dos – ¡Maldición!

Uno – Espera, te ayudaré.

Los dos personajes se agachan para recoger los sobres y aprovechan para examinarlos.

Dos – Oye, no sabía que estaba suscrito a la revista de Buceo...

Uno – Es cierto, estamos bastante lejos del mar...

Dos – Debe hacer buceo en piscina.

Uno – O en su bañera...

Dos – También hay una carta con membrete de los Bomberos de Madrid.

Uno – Tal vez sea bombero voluntario.

Dos – O tal vez sea una invitación al baile anual...

Risas. Vergüenza.

Dos – ¿No es un poco indiscreto lo que estamos haciendo?

Uno – Sí, un poco... ¿Qué más hay?

Los dos personajes comienzan a examinar los sobres.

Uno – Una postal.

Dos – ¿De dónde viene?

Uno – De las Islas Baleares. Ibiza.

Dos – ¿Qué dice?

Uno – Aun así...

Dos – Eso no cuenta, ¡es una postal! Incluso el cartero pudo leerla...

Uno – "Un saludo desde las Islas Baleares, donde pasamos una semana de vacaciones. Los paisajes son hermosos y el clima está agradable. Hasta pronto. Besos. Mauricio y Jaime."

Dos – Es tan común...

Uno – La gente ya no sabe escribir.

Dos – Pero aun así.

Uno – ¿Qué?

Dos – Está firmada por Mauricio y Jaime.

Uno – ¿Compañeros de buceo?

Dos – O amigos bomberos...

Los dos personajes se sumergen nuevamente en el examen del correo.

Dos – Mira, una carta con la dirección escrita en tinta rosa...

Uno – Ah, sí...

Dos – Me pregunto quién podría ser...

Uno – Está casado, ¿verdad?

Dos – Separado, creo.

Uno – ¿No hay dirección del destinatario en la parte posterior?

El otro voltea la carta.

Dos – Gerardo...

Uno – ¿Por qué un Gerardo le escribiría con tinta rosa?

Dos – Eso explicaría por qué su esposa lo dejó.

Uno – ¿Cómo saberlo?

Dos – Tengo una pequeña idea...

Abre el sobre.

Uno – ¿En serio?

Dos – Lo siento, no pude resistirme. Un impulso, como dicen los asesinos en serie.

Uno – Bueno, ahora, mejor leerla.

Dos – "Hola, Alberto. Perdona por escribirte con un bolígrafo rosa, pero es lo único que tenía a mano. Además, es para anunciarte una triste noticia. Tía Consuela falleció ayer..."

Uno – Un aviso de fallecimiento con tinta rosa... También es comprensible que no hayamos sospechado nada.

Dos – Es muy decepcionante, este correo. Me pregunto si vale la pena seguir.

Uno – Tienes razón. Este tipo es tan común.

Dos – Completamente transparente.

Uno – Es tan simple que si me lo cruzara en las escaleras, ni siquiera estoy seguro de que lo reconocería.

Dos – Vamos a devolver todo esto a su buzón.

Devuelve el correo al buzón de su destinatario y mira su reloj.

Dos – ¡Oh, ya es tarde! Me voy a perder mi serie.

Uno – Ah, ¿también la ves?

Dos – Afortunadamente, la televisión está ahí para cambiar un poco nuestras mentes...

Salen.

8. Invitación

Una mujer pasa tirando de un contenedor de basura con ruedas de donde sobresalen pies masculinos y/o femeninos. Otra mujer llega a recoger su correo y saluda a la primera.

Uno – ¡Buenos días!

Dos – ¡Ah, buenos días! ¿Cómo estás?

La otra nota los pies que sobresalen del contenedor.

Uno – ¿Hoy es el día de recoger objetos voluminosos? Pensé que era la próxima semana.

Dos – Fue una emergencia...

Uno – ¿La gran limpieza de primavera, entonces?

Dos – Sí, se podría decir eso...

Ella mete los pies de nuevo en el contenedor para que no sobresalgan.

Uno – Yo también debería hacerlo cuando tenga tiempo. Acumulamos tantas cosas a lo largo de los años.

Dos – ¿Podrías sujetarme la puerta?

Uno – ¡Pero por supuesto, no se mueva!

Ella avanza al escenario para sostener una puerta que posiblemente no se vea.

Dos – ¡Qué amable!

Uno – De nada, por favor. ¡Que tengas un buen día!

Dos – ¡Gracias! Igualmente.

La otra sale con su contenedor de basura.

Otra mujer llega a recoger su correo.

Uno – ¡Ah, buenos días! Encantada de conocerte. Soy tu vecina de al lado. Te vi desde lejos mientras te mudabas...

Tres – Tienes razón, es mejor mantener distancia en esos casos. Estoy bromeando...

Uno – Estoy encantada de... Bueno, solo quería decirte... ¡Bienvenida al edificio!

Tres – Gracias, es muy amable de tu parte.

Uno – Entre vecinos...

Tres – Sí...

Uno – Verás, la gente del edificio es muy agradable. Y sobre todo, si necesitas algo...

Tres – Gracias.

Uno – Tengo que irme... Voy a buscar a mi hija a su clase de violín. ¿Tienes hijos?

Tres – Sí... Bueno, no. Quiero decir... Ahora estoy libre de ellos, afortunadamente.

Uno – Libre de ellos...?

Tres – Sí... Los metí en el congelador para estar tranquila.

Uno – Ah, sí...

Tres – Estoy bromeando.

Uno – Por supuesto.

Tres – Ya son mayores. Ya no viven en casa.

Uno – Es cierto que se siente un vacío cuando se van. Al final, solo queremos que se marchen. Y luego, de repente... Se siente un vacío.

Tres – Pero tu hija todavía vive contigo, ¿verdad? Quiero decir, si la estás yendo a buscar a su clase de violín...

Uno – Sí... Pero me imagino. Debe haber sido un vacío para ti, ¿no?

Tres – Cuando mi hijo menor se fue, al principio dudé en adoptar un perro, pero al final, fue mi suegra quien vino a vivir a casa.

Uno – Es cierto que un perro requiere ser sacado tres veces al día para hacer sus necesidades. Es bastante exigente.

Tres – Tienes razón. Una suegra es mucho más práctica.

Uno – Sí...

Tres – Hay pañales...

Uno – Sí...

Tres – Estoy bromeando...

Uno – Por supuesto... Bueno, me voy a ir ahora... Mi hija me estará esperando...

Tres – Disculpa por no haber sido más habladora. Pero estoy un poco ocupada en este momento. Con esta mudanza...

Uno – Lo entiendo.

Tres – De todos modos, seguramente tendremos la oportunidad de volver a vernos, ya que somos vecinos de planta.

Uno – Pero pensándolo bien... ¿Por qué no vienes a tomar el aperitivo esta noche?

Tres – Eh... Sí, ¿por qué no?

Uno – ¿A las 19:30?

Tres – Muy bien. (*Mira su reloj.*) Ahora me toca a mí irme. De lo contrario, mi primer paciente estará esperándome. ¡Nos vemos esta noche!

Uno – ¡Perfecto!

La otra persona se va. Llega otro personaje.

Uno – ¿Sabes qué? Acabo de encontrarme con nuestra nueva vecina de planta. La invité a venir a tomar el aperitivo esta noche.

Cuatro – ¿La invitaste?

Uno – Sí, ¿por qué?

Cuatro – Yo también me encontré con su esposo esta mañana, ¿sabes qué?

Uno – ¿Qué?

Cuatro – Es inspector de impuestos.

Uno – Inspector de impuestos... ¿Quieres decir inspecciones fiscales y todo eso?

Cuatro – Sí.

Uno – Aunque bueno, no tenemos nada de qué preocuparnos, ¿no?

Cuatro – Ya verás... ¿Y las estanterías de mi oficina que hice instalar sin declarar por el tipo del quinto?

Uno – No vienen a inspeccionar la casa...

Cuatro – ¡Es su naturaleza, esos tipos!

Uno – ¿Tú crees?

Cuatro – Y además. Imagina que nos enfadamos con ellos.

Uno – ¿Por qué nos enfadaríamos con ellos, si ni siquiera los conocemos?

Cuatro – ¡Justo eso! No sabemos qué puede ofenderlos. No conocemos sus opiniones religiosas o políticas.

Uno – Esa es un poco la idea cuando se invita a la gente para conocerse.

Cuatro – Sí, pero él, si decimos algo que no le gusta, tiene los medios para someternos a una inspección fiscal. Y créeme, esos tipos, cuando buscan, encuentran...

Uno – Oh Dios mío, tienes razón... ¿Por qué la invité? Tal vez podríamos cancelar...

Cuatro – ¡Lo encontrarían sospechoso! Sería incluso peor. O pensarían que no los queremos...

Uno – Tienes razón... ¿Entonces qué hacemos?

Cuatro – En qué lío nos has metido de nuevo...

Uno – Y ella, ni siquiera sé a qué se dedica. Se me olvidó por completo preguntarle... De todas formas, parece un poco perturbada...

Cuatro – Es psicoanalista...

Uno – ¿En serio? ¿Cómo lo sabes? ¿Su esposo te lo dijo?

Cuatro – La vi colocando su placa frente al edificio esta mañana.

Uno – ¿Psicoanalista? Entonces por eso me hizo un montón de preguntas...

Cuatro – ¿Qué tipo de preguntas?

Uno – Pues... sobre las clases de violín, por ejemplo.

Cuatro – ¿Las clases de violín?

Uno – ¿Crees que tiene algún significado especial para un psicoanalista, las clases de violín?

Cuatro – Bueno, seguro que sí para un inspector de impuestos. Especialmente si las pagas en negro...

Uno – Pero eso es espantoso...

Cuatro – Pero imagínate el calvario de esta reunión. ¡Entre un inspector de impuestos y una psicoanalista!

Uno – Tienes razón, tendremos que tener cuidado con lo que decimos...

Cuatro – Intentaremos decir lo menos posible.

Uno – Sí...

Cuatro – Pero no será fácil.

Uno – No, seguro... Cuando se invita a la gente a tomar el aperitivo para conocernos...

Momento de vacilación.

Cuatro – ¿Hoy es el día de la recolección de muebles viejos?

Uno – Será la próxima semana... Por cierto, también me crucé con la vecina del quinto que bajaba su basura, ¿sabes qué?

Cuatro – No me digas que la invitaste a tomar el aperitivo también...

Uno – No, pero creí ver restos humanos asomando de la basura.

Cuatro – ¿No crees que tenemos problemas más urgentes que tratar?

Uno – Tienes razón... ¿Y si ponemos algo en su aperitivo? Algo así como somníferos, ¿sabes? Para acortar la velada...

Cuatro – ¿Tú crees?

Salen.

9. Carta de amor

El cartero llega y busca un nombre en un buzón que no encuentra. Una inquilina se acerca.

Cartero – Disculpe, señorita Lopez, ¿la conoce?

Inquilina – Lopez, ¿no...? Bueno, sí... Ese era mi nombre de soltera. Pero nadie me llama así... Y estoy casada desde hace veinte años...

Cartero – Sin embargo, esta es la dirección correcta...

Inquilina – Déjeme ver...

El cartero le entrega el sobre.

Inquilina – Es curioso, parece un sello de colección... Pero mira, el matasellos indica el 21 de marzo de 1985... ¡Hace casi treinta años!

El cartero mira el sobre.

Cartero – Ah sí, vaya... Es increíble.

Inquilina – ¿Qué podría ser?

Cartero – Ábralo, ya que es para usted.

Inquilina – ¿Usted cree?

Cartero – Señorita Lopez, ¿es usted, verdad?

Inquilina – Sí... Bueno, lo era...

Ella abre el sobre y lo mira.

Cartero – Entonces, ¿qué dice? Si no es indiscreción, por supuesto...

Inquilina – Se disculpa por no haber podido asistir a nuestra última cita, se fracturó la pierna. Está atrapado en el hospital...

Cartero – Son cosas que suceden, sé de lo que hablo.

Inquilina – Y yo que creía que me había plantado...

Cartero – Es cierto que en aquellos tiempos no había internet. Ni siquiera había teléfonos móviles. ¿Y qué más dice?

Inquilina – Dice que me ama... ¿Se da cuenta? Si lo hubiera sabido...

Cartero – ¡Es increíble! Esta carta tardó 30 años en llegar hasta usted...

Inquilina – Sí... Y no le felicito por eso.

Cartero – ¿Perdón?

Inquilina – ¡Si esta carta me hubiera llegado a tiempo, mi vida podría haber sido muy diferente!

Cartero – Sí, claro, pero...

Inquilina – Quería mucho a ese chico... Estoy segura de que debe haberse convertido en alguien importante en la vida...

Cartero – Tal vez, pero...

Inquilina – ¿Sabía que podría presentar una queja contra usted?

Cartero – ¿Contra mí?

Inquilina – ¡Contra el servicio postal!

Cartero – Es el destino, ¿no?

Inquilina – En cualquier caso, me gustaría saber qué ha sido de él...

Cartero – ¿Cómo se llamaba?

Inquilina – Está escrito en la parte posterior del sobre, ¿no?

El cartero mira.

Cartero – ¡No! ¡No puede ser!

Inquilina – ¿Qué?

Cartero – ¡Pero fui yo quien le envió esta carta! ¡No me acordaba en absoluto!

Inquilina – ¿Usted? ¿Está seguro?

Cartero – ¡Absolutamente! Ese es mi nombre y esa es la dirección de mis padres. Donde vivía en ese entonces...

Inquilina – No le habría reconocido en absoluto, vaya...

Cartero – Han pasado treinta años... No olvidé su nombre, por supuesto, pero su apellido...

Inquilina – Entonces, así que se convirtió en cartero.

Cartero – Sí... Estaba tan deprimido porque no respondiera a mi carta... Pensándolo bien, creo que por eso me convertí en cartero. Para tener la felicidad de llevar a los demás las respuestas que nunca recibí.

Inquilina – Y su pierna, ¿está mejor?

Cartero – Podemos tutearnos, ¿no?

Inquilina – Es que... ahora mismo estoy un poco apurada. Mi esposo me espera afuera con el auto.

Cartero – Por supuesto...

La observa alejarse casi corriendo.

Cartero – Señorita Lopez...

10. Ocupante ilegal

Un tipo llega, vacila un momento y se sienta en el suelo frente a los buzones. Comienza a adormilarse. Una inquilina llega y lo ve.

Inquilina – Vamos, despiértate, por favor. Entiendo que estés cansado, pero no deberías quedarte aquí, ¿verdad?

El hombre se despierta.

Hombre – ¿Y por qué no?

Inquilina – Pero... porque esto es un vestíbulo de un edificio, no un albergue social. ¿Realmente no sabes a dónde ir?

Hombre – No... En este momento, no tengo un hogar fijo.

Inquilina – ¡Bueno, más razón para irte, amigo! Si no tienes un hogar fijo, ¿por qué diablos querrías establecerte aquí?

Hombre – Tienes razón...

El tipo se levanta.

Inquilina – Gracias por entender, amigo. Pero ¿sabes qué? En el fondo, te envidio.

Hombre – ¿En serio?

Inquilina – A veces, yo también desearía no tener un hogar fijo. No tener que volver a casa todas las noches. Encontrar a la misma persona esperándome en casa.

Hombre – En ese caso, ¿quizás podrías acogerme en tu casa por una noche? Sería una pequeña distracción para ti...

Inquilina – ¿En mi casa?

Hombre – Hace tanto frío afuera.

Inquilina – Sí, lo sé, tuve que ponerme mi ropa térmica esta mañana... Y a pesar de eso, me congelé en la oficina todo el día.

Hombre – Si paso la noche afuera, no estoy seguro de si me despertaré mañana por la mañana.

Inquilina – ¿Estás seguro de que no estás exagerando un poco?

Hombre – ¿Realmente quieres tener mi muerte en tu conciencia?

La inquilina duda y luego saca un billete de su bolsillo.

Inquilina – Vamos, es tu día de suerte. Toma esto y ve a dormir a un hotel.

Hombre – ¿Diez euros? ¿Cómo esperas que encuentre una habitación de hotel por ese precio?

Inquilina – Bueno, aquí tienes treinta, ¡y lárgate, de acuerdo? Estoy segura de que encontrarás un hotel económico o algo parecido. No querrás dormir en un palacio tampoco, ¿verdad?

Hombre – Está bien. Gracias, señora.

Inquilina – Y si no encuentras un hotel que esté dispuesto a recibirte, al menos podrás comprarte algo de licor para calentarte.

Hombre – Me estás salvando la vida. Dios te lo recompensará...

Una mujer llega.

Mujer – Pero, ¿qué haces aquí?

Hombre – No tenía el código y perdí tu número de celular. Como sabía que no tardarías en llegar... Pero esta señora me acaba de ofrecer amablemente esperar en su casa.

Mujer – Gracias, es muy amable de tu parte.

La mujer se sorprende pero no lo deja notar.

Inquilina – De nada. Entre vecinos, es lo natural...

Mujer – Es cierto, con este frío... Permíteme presentarte a mi hermano. Está pasando unos días en mi casa antes de partir a París para un rodaje. Es actor...

Inquilina – Encantado de conocerlo entonces.

Hombre – Los saltimbanquis siempre han tenido mala reputación. En la Edad Media los consideraban ladrones de gallinas e incluso se negaban a enterrarlos en los cementerios junto a los buenos cristianos.

Mujer – Afortunadamente, ya no estamos en la Edad Media... No debería decir esto frente a él, pero es un excelente actor. Verás, tendrá una gran carrera...

Inquilina – No lo dudo...

Hombre – No molestes a la señora con eso, seguro que está deseando regresar a casa para reunirse con su esposo.

Inquilina – Bueno, entonces los dejo.

Hombre – Gracias de nuevo.

Inquilina – De nada.

Mujer – Muy amable, ¿no?

Hombre – Sí, parece que hay un buen ambiente en este edificio.

Salen.

11. Venganza

El primero llega. El segundo le sigue y, al ver que el otro parece un poco mal, se acerca con preocupación.

Uno – ¿Estás bien?

Dos – Acabo de enterrar a mi padre.

Uno – Enterrar...

Dos – Sí, bueno... no lo hice yo mismo. Contraté a especialistas. Parece que no se puede hacer de otra manera. Además, no es barato.

Uno – Ah, ya veo...

Dos – En fin, acabo de regresar del entierro.

Uno – Lamento mucho eso. Le presento mis más sinceras condolencias...

Dos – Puedes quedarte con tus condolencias. Odiaba a mi padre.

Uno – Siempre hay una buena razón para odiar a tu padre.

Dos – ¿Sabes qué encuentro realmente insoportable en los entierros?

Uno – ¿Qué?

Dos – Todas esas personas que ni siquiera son parte de la familia, a menudo nunca las has visto en tu vida antes de la ceremonia, y que frente al ataúd comienzan a sollozar más fuerte que los propios hijos del difunto. Como si quisieran hacerlos sentir culpables por no tener ellos mismos el dolor más demostrativo.

Uno – Tienes razón... Debería haber un orden de precedencia. Un umbral máximo de decibeles permitidos según la cercanía de cada uno con la persona que se entierra.

Dos – Si los herederos directos no consideran necesario llorar frente al ataúd de su querido difunto, los demás también deberían abstenerse, ¿no?

Uno – Sin embargo, parece que la muerte de tu padre no te deja completamente indiferente...

Dos – En efecto... Su desaparición es un golpe duro para mí.

Uno – A pesar de tus diferencias, entonces no habías roto completamente la relación con él...

Dos – No... La última vez que lo vi fue en el despacho del juez...

Uno – ¿Del juez?

Dos – Estaba a punto de ganar el juicio que había iniciado contra mi padre... Ahora que está muerto, obviamente será mucho más difícil...

Uno – Ah, ya veo...

Dos – Temo que el caso se cierre sin más.

Uno – Pero... ¿por qué ese juicio, si me permites preguntar?

Dos – Sería un poco largo de explicar, pero en resumen... le reprocho a mi padre, después de haberme dado a luz, dejarme completamente desamparado frente a la miseria del mundo...

Uno – ¿Y por qué no hacerle el mismo reproche a tu madre también?

Dos – Nací de una madre desconocida.

Uno – ¿De madre desconocida? Vaya... Ni siquiera sabía que eso era materialmente posible. En mi época... Pero es cierto que ahora, con las nuevas tecnologías...

Dos – Nací en tierra desconocida, de una madre sustituta sin papeles, pagada en efectivo y que prefirió mantener el anonimato.

Uno – Entonces, ¿le reprochabas a tu padre haberte privado del afecto de una madre...

Dos – ¡Ah, no, para nada!

Uno – Entonces, ¿por qué llevarlo a juicio por haberte dado vida? No parece tener malformaciones particulares...

Dos – Oh, Dios no.

Uno – Diría incluso que estás bastante bien hecho de tu persona...

Dos – Gracias.

Uno – Entonces, ¿por qué?

Dos – ¿Pero has visto el mundo en el que vivimos?

Uno – Sí, no es falso... Con todas esas guerras en diferentes partes del planeta. El terrorismo. El hambre. El cambio climático...

Dos – Sin mencionar el impuesto sobre el patrimonio y el cáncer de próstata.

Uno – Le reprochas a tu padre haberte traído a este valle de lágrimas que es nuestro mundo moderno...

Dos – En realidad, es un poco más complicado que eso...

Uno – Me estás intrigando.

Dos – Antes de morir, mi padre dejó gran parte de su fortuna a una fundación que lucha contra el hambre en el mundo.

Uno – Ah, sí, eso... Eso está bien.

Dos – Sí, pero mi parte de la herencia se reduce en consecuencia.

Uno – Por supuesto... Pero... es muy generoso de su parte.

Dos – ¡Pero para nada! ¡Lo hizo a propósito para fastidiarme!

Uno – ¿Cómo que para fastidiarte? Todos están en contra del hambre en el mundo, ¿no? No me digas que estás a favor...

Dos – Te digo que lo hizo con la única intención de desheredarme.

Uno – Sí, entiendo, pero... de todos modos... Esto beneficiará a personas que realmente necesitan ese dinero.

Dos – ¡Exacto! Por eso le estoy haciendo un juicio.

Uno – ¿Perdón?

Dos – Si hubiera dejado su fortuna a su fontanero o a su inspector fiscal, su intención de perjudicarme no habría estado en duda. Pero esto, es particularmente vil, ¿no?

Uno – ¿Vil?

Dos – Al desheredarme en beneficio de la lucha contra el hambre en el mundo, él se presenta como el buen tipo, ¿entiendes? Y yo, si me opongo, pareceré un egoísta. Un hijo de papá que preferiría seguir comiendo caviar con la herencia de su padre en lugar de renunciar alegremente para que los desheredados tengan un poco de arroz en sus platos.

Uno – Cuando tienen un plato...

Dos – ¡Ah, pero no me dejaré hacer!

Uno – Por supuesto... Quiero decir... Entiendo... Pero podría no ser fácil.

Dos – Ya lo sé...

Uno – Como dijiste, ante los jueces, tendrás el papel del villano...

Dos – Y eso es... Pero sigo confiando... Tengo un buen abogado...

Uno – ¿Y qué harás si finalmente obtienes una victoria?

Dos – ¿Qué quieres que haga? Donaré inmediatamente ese dinero a esa misma fundación.

Uno – ¿Perdón?

Dos – No tengo elección. Si me quedo con todo ese dinero para mí, pareceré un bastardo. Eso es lo que pensarías tú, ¿no?

Uno – Bueno... Sí, obviamente...

Dos – ¡Exacto! Cuando te decía que mi padre era un gran perverso, ahora lo entiendes...

Uno – Eh... Sí... Intento... Pero... ¿estás seguro de que no es un poco complicado todo esto?

Dos – ¿Y por qué sería complicado?

Uno – Si ese dinero finalmente tiene que ir a esa fundación...

Dos – Ah sí, ¡pero no es lo mismo en absoluto! ¡Ahí seré yo quien done!

Uno – Quien dará... el dinero de tu padre.

Dos – ¡Si lo heredo, será mi dinero! Y habré demostrado que no lo hizo por generosidad, sino simplemente para fastidiarme. ¡Y el benefactor de la humanidad seré yo!

Uno – Claro... Bueno... Si eso también te hace sentir mejor...

Dos – Sí... Pero hay algo que me molesta.

Uno – La muerte de tu padre...

Dos – No, el hecho de que incluso si gano este juicio, él nunca lo sabrá...

Uno – Siempre es mucho más difícil vengarse de las personas que ya están muertas.

Dos – Sí... Y es mucho menos gratificante...

12. Aviso de paso

El cartero introduce libros en cada buzón. Un inquilino llega.

Inquilino – ¿No sabes leer?

Cartero – ¡Sí, claro que sé leer! ¿Y tú?

Inquilino – "No Publicidad", eso está escrito en mi buzón.

Cartero – ¡Ah, pero esto no es publicidad! Soy tu nuevo cartero.

Inquilino – ¿Ah, sí? ¿Y esto qué es?

Cartero – Es una operación que acabamos de implementar en Correos. Ya sabes, ahora con internet, tenemos que diversificar nuestras tareas...

Inquilino – ¿Y entonces?

Cartero – Para aquellos que ya no reciben correo, hemos decidido entregar cartas libres de derechos.

Inquilino – ¿Libres de derechos?

El cartero muestra lo que tiene en su bolsa.

Cartero – Obras maestras de la literatura epistolar: "Las cartas Portuguesas", "Las Cartas Persas", "Las Cartas Marruecas", "Las Cartas a un Joven Poeta"...

Inquilino – ¿Para qué?

Cartero – ¡Para volver a encantar el mundo! ¡Y encantar Correos! La correspondencia tradicional ha desaparecido, muy bien. Ahorra papel. Y así evitamos talar árboles. Pero la gente ya no lee, ¡y eso es terrible, ¿no crees?

Inquilino – Sí, claro.

Cartero – ¡La literatura es la memoria del mundo! Querer salvar los bosques está bien. ¡Pero también debemos preservar lo que realmente es nuestra riqueza! ¡Nuestro patrimonio cultural: los libros! ¿Sabes cuántas letras hay en nuestro alfabeto?

Inquilino – Aproximadamente 26, ¿no?

Cartero – ¿Te das cuenta?

Inquilino – ¿Qué?

Cartero – Con solo 26 letras, combinándolas, el hombre puede expresarlo todo.

Inquilino – Sí...

Cartero – Y aún así, cuando digo 26... ¿Sabes cuál es el idioma en el mundo que tiene menos letras?

Inquilino – La verdad, no lo sé...

Cartero – El Rotokas. Un idioma hablado en las Islas Salomón. Su alfabeto solo tiene 12 caracteres.

Inquilino – ¿De verdad?

Cartero – Una docena de letras para expresar todos los pensamientos de los hombres.

Inquilino – Sí, eso es... ¿Tienes correo para mí?

Cartero – Una decena de números para comprender la mecánica del universo.

Inquilino – ¿Puedo recibir mi correo?

Cartero – Y siete notas para componer toda la música del mundo.

Inquilino – Entonces, no hay correo...

Cartero – Y, ¿qué quedará de todo esto dentro de unos miles de millones de años? ¿Cuando el sol, en su gran final, nos haya reducido a todos a cenizas?

Inquilino – No lo sé...

Cartero – Algunos jeroglíficos grabados en las piedras que aún no se hayan derretido. Algunas palabras lapidarias, como en los primeros tiempos de la escritura. En verdad les digo: los primeros balbuceos de la humanidad también serán sus últimos suspiros.

Inquilino – Sí...

Cartero – Cuando Correos haya desaparecido, los epitafios de nuestros antepasados sobrevivirán por un momento. Como un aviso de paso. Pero recuerda una cosa. (*Con énfasis*) Solo el recuerdo de la música de las esferas sobrevivirá para siempre. (*El cartero le entrega un CD.*) Aquí tienes... La Sonata para piano n.º 14 en do sostenido menor, también conocida como "Carta para Elisa"...

El otro toma el CD.

Inquilino – Gracias.

El cartero se aleja y el otro lo observa marcharse, desconcertado.

Inquilino – No entendí nada...

Se escucha la Sonata para piano n.º 14 en do sostenido menor.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-939-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.